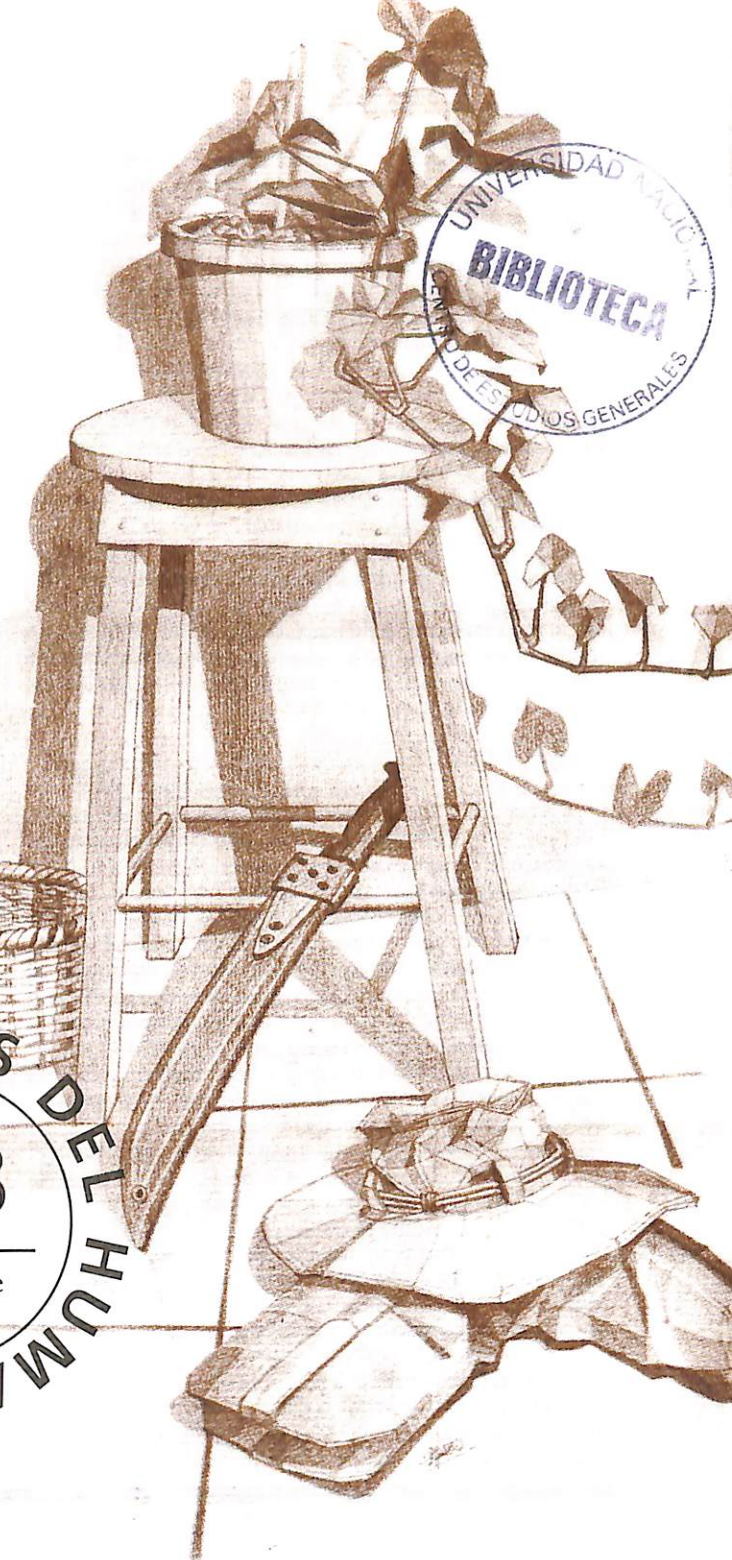




#98

• TÓPICOS DEL HUMANISMO •
Nº 98
Setiembre del 2003



LOS GITANOS

Walter Hernández Madriz

Este artículo no pretende ser exhaustivo agotando el tema, sino que nació desde la curiosidad que nos saltó, a un amigo y a mí, y luego a una amada amiga que gusta también de la investigación como "hobby" cultural, una noche conversando acerca de esta etnia que, muy frecuentemente, la gente tiende a envolver en un hábito de misterio. Hice algunas averiguaciones con ella que aquí están, con la esperanza de que alguien más de los lectores de esta excelente revista, pudieran referirse al respecto.

Se afirma que los gitanos conforman un pueblo ciertamente errante —en su mayoría— que se han podido hallar en casi todas las regiones del mundo. Aunque puedan existir diferencias entre los diversos grupos localizables, comparten, filosóficamente, varios puntos que los hacen característicos: su insaciable sed de libertad, su amor a la naturaleza, ser señores de sí mismos y su desprecio profundo por la civilización y las trabas que ella conlleva. El ser errantes, para ellos, significa la forma más digna de vivir, recorriendo el mundo, pero aún no sabemos con precisión de dónde provinieron y qué causa les hizo dispersarse. Los grupos pueden ser conformados por pocas familias o por cientos de ellas, desplazándose en carromatos que a la vez funcionan como sus casas; bajo los vehículos llevan sus enseres: herramientas y alimento para ellos y sus caballos. Se instalan en lugares apartados y, por lo general, dejan allí basureros a la vera del camino que hacen pensar en cuál es su amor a la naturaleza.

El término "GITANO" descende de la palabra "egipciano", o "egiptiano" (por pérdida de la vocal inicial y la caída de la consonante sorda interna -p), por creerse, en un principio, que eran oriundos de Egipto. Por ahora, los diferentes vocablos en diversos idiomas parecieran provenientes de la misma raíz que dio origen al vocablo español:

a. inglés:	gipsy
b. neerlandés:	gyptaener
c. portugués:	ciganos
d. italiano:	zingari
e. francés:	tziganes
f. rumano:	tsigani
g. alemán:	zigeuner
h. turco:	tschighenees

También existe el sonido "bohemien", en Francia, puesto que llegaron los primeros a Bohemia hacia el siglo XV.

Existe una vieja leyenda que afirma que "grupos parecidos a los gitanos" vinieron de Persia y que, hace más de mil quinientos años, el rey Bahran mandó traer diez mil músicos, malabaristas y bailarines para alegrar su corte. Regalándoles semillas, bueyes y burros, el rey creyó que se quedarían en el país, pero luego de comerse las semillas y los bueyes, emigraron con ayuda de los burros hacia otros lugares.

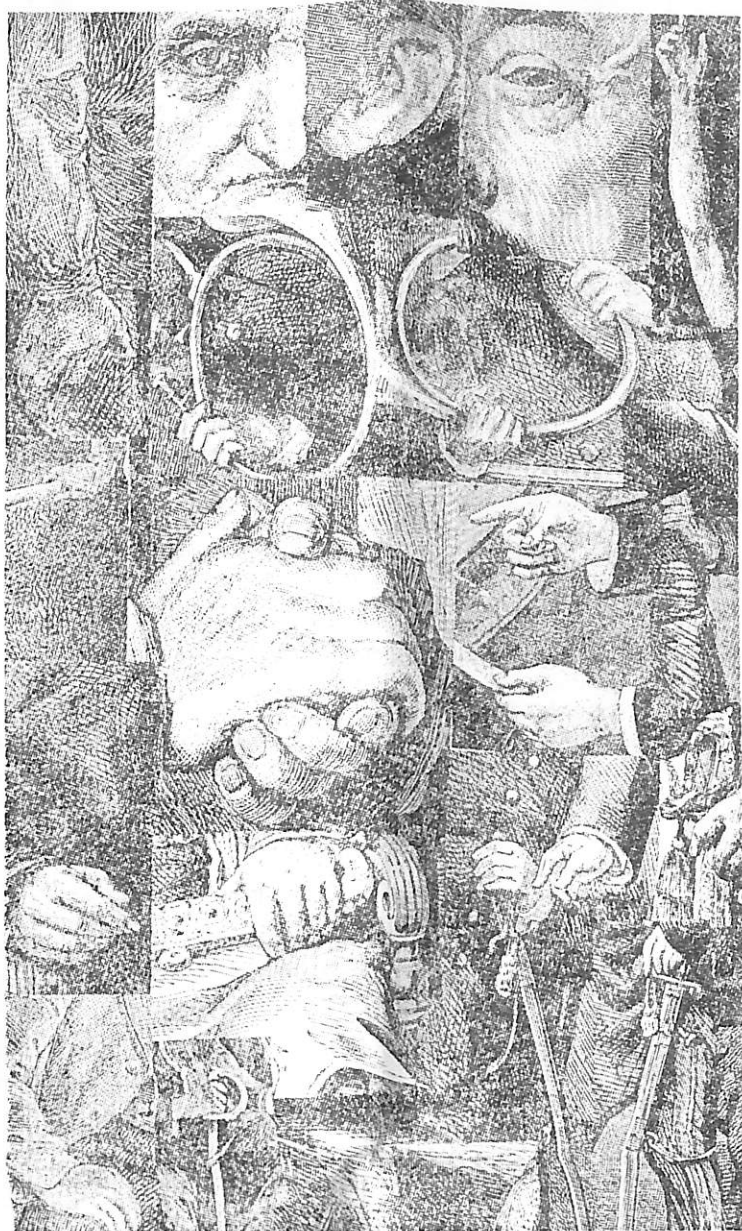
La teoría de su devenir más respetada hoy, parece ser la que afirma que provienen del norte (o del noroeste) de la India, del Indo, o del Indostán; en este último lugar existe un grupo étnico llamado "chilanges". Los mismos gitanos se autodenominan "chekané", que es un sonido del bajo Indo.

También, se ha opinado que los gitanos pudieron haber sido una colonia protegida por el imperio de Bizancio, en Tracia, región que hoy pertenece a Grecia, entre los mares Egeo, de Mármara y Negro, en el siglo VIII, dispersada después de la invasión turca.

Los primeros movimientos gitanos registrados hacia el siglo V, se dieron en dos direcciones: una, hacia Siria y Palestina; otra, hacia Europa. En esta última, aparecen primero en los Balcanes en el siglo XIV y, exactamente en 1417, en Alemania, debido a un documento testimonial firmado por el emperador Segismundo. Pasaron a Suiza en 1418 y a Italia hacia 1423. En España los reyes católicos les prohibieron viajar por los diferentes reinos, queriendo hacerlos sedentarios y que trabajaran para los diferentes señores feudales. En Alemania, Maximiliano los expulsa en 1500; Francia hace lo mismo cuatro años después. Quizás ese fuera motivo para intensificar su vida nómada, sin domicilio fijo. Más tarde, después de la Conquista, llegarían hasta América.

Actualmente, existe el 20% de ellos —sedentarios— en Transilvania, Turquía y Rumania. En los años treinta había más o menos un millón de gitanos dispersos en el mundo y hoy, probablemente, existan unos cinco millones en el orbe.

Los gitanos se caracterizan por ser endogámicos: cuidan su "raza" y les está prohibido casarse con personas no gitanas; el que lo hiciere, pierde el nombre de gitano; al casarse, el varón pasa a formar parte de la tribu de la mujer, y solo vuelve a la suya en el caso de que quedara viudo. Las bodas, a las que son invitadas todas las tribus de los alrededores, suelen durar varios días según la capacidad económica de la tribu anfitrión, y allí dejan a un lado las enemistades y las diferencias. Los gitanos, por todo ello, poseen una gran homogeneidad física: tez bronceada, ojos de rara vivacidad negros al igual que el cabello, bajos de estatura con complexión débil, cara oval, nariz delgada,



labios gruesos, pómulos salientes y cráneo mesocefálico, es decir, intermedio con un índice entre setenta y cinco y ochenta. Los jefes de cada tribu son escogidos por sus cualidades: deben ser fuertes, inteligentes, justos y de edad adecuada, contando por consejera a una anciana que es la depositaria de las tradiciones. Las diferencias que puedan surgir, son arregladas por ellos mismos, no por la policía ni la justicia del país donde se encuentren. No hay nada más terrible, para un gitano, que ser expulsado de la tribu, puesto que ni aun su propia familia volverá a comunicarse con él; si el castigo tocara alguna cosa, no importa su precio, deberá ser destruida; nadie se le acercará por temor a mancharse y menos matarlo para aliviar su dolor. Sin embargo, sus leyes y tradiciones no se encuentran escrituradas puesto que la mayoría de ellos no sabe leer; más bien, durante las noches, reunidos alrededor de una fogata, se transmiten las tradiciones oralmente a través de cuentos que son cantados o recitados y es a través de ellos que los niños van aprendiendo las reglas del clan, teniendo como meta el llegar a ser buenos gitanos y evitar en lo posible errores.

En sus travesías por diferentes regiones y países, se dedicaban al robo y a seducir a las gentes por medio de la adivinación y la quiromancia. Son dados a la adulación, al chiste, a las caricias que conduzcan al engaño y así ganar dinero fácil; de hecho, sus mujeres se dedican a la venta de baratijas y, en ciertos casos, practican la prostitución. Se les acusaba de ladrones y brujos y hasta de apesados, y como estaban al margen de las leyes, todo mundo podía perseguirlos, y en muchos países sufrieron castigos como el ser marcados férreamente en sus frentes y hasta morir en la horca. Durante la Segunda Guerra Mundial, medio millón de ellos murieron en los campos de concentración nazis. Con todo, no se han dejado vencer por las circunstancias. Poseen un vestuario muy singular que los hace notables en cualquier parte. Y es, precisamente, que de tanto andar, han ido recogiendo diferentes elementos de hablas distintas de cada lugar y han logrado elaborar una especie de lengua secreta de ellos exclusiva.

En cuanto a su religión, sabemos que son bastante religiosos y profesan una profunda fe, acogiendo, muchos de ellos, las religiones de los países por los que han transitado; de manera que es posible encontrar, entre las tribus, cristianos, musulmanes, ortodoxos y otras denominaciones, aunque conservan sus propias creencias. Al venir un niño al mundo es prioritario el bautizo gitano, para, posteriormente, practicar cualquier otro rito de la religión de la tribu. Al nacer, le es dado un nombre secreto por su madre, nombre que ni aun el mismo padre conoce y que le servirá al nuevo ser para engañar a los demonios y que estos no puedan con él al no reconocerlo. El segundo nombre que ha de ser conocido por todos los de la tribu, se le da en el bautizo gitano, pero no debe ser escuchado por extraños;

por otra lado, el nombre asignado durante el bautismo religioso, es el que aparecerá en sus documentos de identidad. Todos los años, durante el mes de mayo, se hacen llegar hasta Saintes Maries de la Mer, pueblo del sur de Francia, frente al mar Mediterráneo, para hacer honor a su patrona, Sara, a la que velan durante la noche. Esta romería, desde todos los lugares de Europa, demuestra su fortaleza social al no ceder a las presiones que ejerce el mundo moderno; siguen manteniendo la voluntad de sus antepasados: ayudarse fraternalmente, no contraer deudas

que no se puedan pagar y no sentir temor por nada. Supone una leyenda que a este lugar llegaron la virgen María y María Magdalena, y que la primera persona que las saludó fue Sara, quien, convertida al cristianismo pasa luego a la categoría de santa y de la cual en la iglesia del pueblo se conservan sus restos en una cripta, localizados durante una excavación realizada hace más de quinientos años. Al día siguiente de la velación nocturna, los gitanos llevan las imágenes de las Marías hasta la costa y proceden a sumergirlas en el mar en tres ocasiones. Los oficios que se les ha visto practicar son la herrería, la calderería y la cestería: dos oficios metálicos y uno artesanal. Ejercen la compra y venta de caballos, afilan tijeras y reparan ollas y paraguas. De hecho, allá por los años cincuenta, un grupo grande de ellos estuvo en Costa Rica más o menos por tres meses; alquilaban un galerón cerca de la antigua Alca Seltzer y hacían las labores que se les conoce. Por otra parte, no siendo agricultores, en épocas de cosecha ayudan a los campesinos en su recolección y, por hacerlo bien y cobrar barato, generalmente son bien vistos.

La especulación reside en lo siguiente: si se llamaron egipcianos por creerse que provenían de Egipto y siendo que su primer movimiento los condujo hacia Palestina y Siria, ¿no hay alguna semejanza entre la salida de Moisés con los judíos esclavizados por ese pueblo (la huida, el nomadismo buscando una tierra prometida, su llegada, y la posterior diáspora que ha hecho que ese pueblo se reparta por todo el globo) y los gitanos? [Hacemos notar que no necesariamente creamos en la realidad de que Moisés de pronto se involucrara con esclavos que, por sus circunstancias, debieron tener un muy bajo nivel de educación y presencia, amén de que aquel era príncipe y sacerdote de uno de los imperios más importantes de la Antigüedad. Retomamos la leyenda como un mito en el cual posiblemente su guía no fuera tal sino otro, pero que, al fin y al cabo, emprendieron la conocida aventura buscando nuevos horizontes, muy posiblemente al azar]. Por otra parte, siendo que habiendo llegado a España los gitanos —donde los moros dominaron por espacio de ocho siglos—, cargada de judíos y que, incluso nosotros, por haber sido colonizados, contamos con apellidos judeosefarditas (descendientes de los judíos que antiguamente habitaron España y Portugal) o mozárabes (cristianos que residían entre los musulmanes con ciertos privilegios y tolerancia hasta que les fue necesario emigrar por las persecuciones posteriores), entonces, ¿qué posible relación, y de qué tipo, podría haber entre los gitanos y los judíos?

Otra versión nos dice que habiendo salido del norte de la India en el siglo IX, pasaron por Irán, luego Armenia, el Cáucaso, hasta llegar a Grecia y que esa lengua que ellos utilizan tiene concordancia con el indoeuropeo y con el sánscrito. Muy posiblemente, si fue así, de Grecia pasaron al resto de Europa como ya hemos apuntado.

Pero uno de los centros álgidos en todo lo que pueda atañer a los gitanos, es la ciudad de Flandes, en otro tiempo habitada por los celtas y colonizada por los romanos, y cuyos habitantes son los flamencos y donde los gitanos se situaron alrededor del 862; y, también, que no fue sino hasta el año 1549 que Carlos 1º, flamenco de nacimiento y educación, anexa Flandes al reino de Castilla. Esa ciudad ya era muy importante por su posición geográfica estratégica y por su gran actividad comercial hacia el resto de Europa. Fue después de la expulsión de los moriscos que, en 1609, los flamencos, gitanos, llegan a España. Sin embargo, es hasta el siglo XIX que los gitanos publican la música flamenca, el cante gitano, el cante jondo —queridísimo de Lorca—, la música andaluza, aunque la tradición musical y su baile se remonte mucho atrás. Entre ellos se encuentran guitarristas, violinistas virtuosos y compositores. Y, muy importante, esa música está cargada de herencia hebrea y árabe, precisamente los dos grandes ramales que parten de Abraham y que constituyeron dos grandes religiones en constante lucha fraternal: el islamismo y el judaísmo y que hoy en día, continúan su lucha interminable.

Se distinguen tres grupos gitánicos con sus correspondientes giros idiomáticos: primero, el calés, con el caló, principalmente en España; segundo, el rum, con el rumaní, de la tradición europea del este y, por último, manuches o sinti con la lengua sinto, en Alemania, Italia y Francia. En 1895, el flamenco, con el nombre de "neerlandés", se adoptó como la segunda lengua en Bélgica, siendo hablada en Amberes, Flandes, Limburgo y en el norte de Brabante. Esta es una lengua germánica derivada del bajo alemán y difiere del propio neerlandés por su ortografía y pronunciación.

Es conocido el arte flamenco en la pintura con muchos exponentes de renombre como Jerónimo Bosch; en la arquitectura sobresalen las catedrales de Tournai, de Tongres, Santa Gúdula de Bruselas y las municipalidades de Amberes, Lovaina, Bruselas, etc. Se encuentran, también, muchos logros dentro de la escultura y el grabado flamencos.

Es muy posible que, tomando en cuenta todos los datos que hemos puesto más arriba, podamos tener sospechas de que los judíos pudieran ser partícipes de la gitanidad, o viceversa; más cuando descubrimos que Hitler exterminó a todos los gitanos que pudo, como si en ellos se escondiera parte de la raza semítica, a sabiendas de que aquel tenía un

estudioso grupo de investigadores trabajando en el asunto de las etnias que, no siendo arias, debían —según ellos— eliminarse.

Mucha de la historia y de la diseminación judía se analogan perfectamente con el tránsito gitano: el nomadismo desde Moisés (siglos XV-XIV a.C.), la diáspora, su dispersión mundial, la comercialidad, el odio hitleriano, la influencia hebrea sobre la música gitana, la expulsión desde muchos pueblos, su endogamia, su gusto por lo mágico, cábala y adivinación, los ritos nupciales, su imperialismo callado y su no contaminación con otras razas.

Pudiera haber una razón política, si lo anterior fuera verdadero, para que el pueblo judío escondiera su identidad apartándola de la gitana como si esta fuera un estigma negativo o siendo hermanos pertenecieran a una de las doce tribus dispersas y divergentes entre sí. Algunos opinan que la doceava tribu, la perdida, pudieron ser los mayas, lo que considero poco probable puesto que esa civilización ya estaba en América mucho antes de que la diáspora se diera; otros, dan por sentado que esa tribu la constituyeron los primeros habitantes de lo que hoy es Dinamarca, y aunque no expondré sus argumentos aquí, se me antojan poco creíbles porque sí están cargados de religiosidad evangélica maniquea, que es una corriente de pensamiento muy determinada y, por lo tanto, muy excluyente y limitada.

Es muy importante ahora, con el fin de situarnos geográficamente, en cuáles fueron las posibles rutas por las que los gitanos llegaron desde el noroeste de la India, que es la proveniencia originaria con la cual todos están de acuerdo —aunque antes de ella no sepamos otra anterior, que pudo perfectamente ser—. La versión de que el rey persa mandó traer diez mil artistas es probable, puesto que el paso desde la India hacia Persia es totalmente viable. Desde Persia, pudieron haber tomado dos caminos: uno, por la Armenia y el Cáucaso hasta Grecia, y el otro desde Persia hacia la Siria y Palestina, y desde cualquiera de esos dos puntos perfectamente pudieron encaminarse hacia Europa. Si esto se dio hacia el siglo V, el problema se presentaría con los "judíos" que estando en Egipto, al otro lado, en África, la emprendieron hacia la tierra prometida, hoy Israel, en el siglo XV a.C., con una distancia temporal entre ambos sucesos de dos mil años, lo que supondría un movimiento nómada mucho anterior a su llegada a Persia. Entonces, ¿de dónde provenían esos "judíos" que llegaron a Egipto y a los cuales "Moisés" sacó luego? Porque, pudo ser, el de Egipto fuera un primer desprendimiento de esos grupos étnicos mucho antes de los que los condujeron a Europa. O, en su defecto, existe la probabilidad de que esos grupos pasaran desde Egipto a Siria y Palestina y, después, desde allí, pasar la Armenia y el Cáucaso para llegar a la actual Grecia, lo que restaría credibilidad a que su origen fuese el noroeste de la India, puesto que son rutas contrarias: provenir de la India o provenir de Egipto. Sin embargo, tenemos noticia de que el origen de los judíos se remonta a la ciudad de Ur, en Caldea, dos mil años antes de Cristo; aquí nació Abraham; más tarde, se establece en Harán, Mesopotamia, hasta allegarse a Palestina. Pero en esa travesía, Abraham tuvo una corta estadía en Egipto, mucho antes de Moisés, lo que quiere decir que pudo ser que algunos de ellos se quedaran en ese país, no salieran con Abraham, y sus generaciones fueran liberadas de la opresión egipcia por Moisés —según otros datos— en 1220 a.C. Sea como sea, la verdad es que lo que nos ha llamado la atención es la gran similitud de costumbres que comparten gitanos y judíos, ya dichas; y agregamos el hecho de que la patrona de los primeros se llama Sara, que es el nombre de la esposa de Abraham, lo que vuelve a incidir en la tesis sostenida. Por otro lado, es significativo el cuento del "judío errante", la leyenda de Ahasvero, quien, tomando una posición antisemita, además de denunciar a Herodes el nacimiento de Jesucristo, cuando este, dirigiéndose al Calvario con la cruz a cuestas, quiso descansar frente a la casa de aquel, fue alejado por su inquilino de forma brusca, lo que propició la frase de Jesús: "Errarás sin descanso por el mundo hasta que yo vuelva". Una sentencia de judío a judío y que, finalmente, les ha correspondido a todos por igual padecerla. Lo que sí tenemos seguro, es que tanto los judíos como los gitanos, todavía hoy, se hallan en esa circunstancia, realmente sin tierra de su identidad, sin tierra prometida, porque, mientras Moisés ofreció una cosa después de atravesar el desierto del Sinaí, Jesús, a las puertas de la muerte promovida por su pueblo, sentenció otra.



EL CHILE DE 1973: ENTRE LA MEMORIA Y EL OLVIDO...

Rogelio Cedeño Castro¹

In memoriam Claudio Jimeno, nuestro profesor en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile y cercano colaborador del presidente Salvador Allende, quien fuera asesinado por los militares fascistas, probablemente el mismo día 11 de septiembre.

I

No sabía quiénes eran mis compañeros de infortunio. No podía saberlo, simplemente estábamos allí en los patios de la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, en el Barrio Alto de Santiago de Chile, arrojados sobre el suelo, con las manos sobre la nuca, condición en la que permanecimos durante muchas horas, sin poder movernos y soportando las amenazas de algunos de los jefes militares que estaban a cargo del grupo de prisioneros, del cual yo formaba parte. El hecho de permanecer allí juntos, hermanados por la adversidad contrastaba, de una manera abrumadora, con la evidente circunstancia de que no nos conocíamos, ni llegaríamos a conocernos finalmente; no importaba cuál fuese la suerte final que corriéramos y la cual parecía encontrarse —exclusivamente— en manos de nuestros captores y que podía, incluso, comprender la posibilidad de una muerte violenta.

Durante treinta años me he interrogado sobre aquella paradoja. ¿Quién o quiénes compartieron conmigo las duras lozas de aquel inmenso patio de la Escuela Militar? Recuerdo que mientras permanecía allí, me pareció ver, a mi lado, a un joven vestido enteramente de blanco, cuyo nombre real o figurado no pude saber entonces ni poco después, cuando en medio del claroscuro de un largo día que concluyó casi a las nueve de la noche —pues era ya primavera— nos trasladaron al Estadio Nacional, situado en la comuna de Nuñoa, y en el cual se habían celebrado, pocos meses atrás, los cuarenta años de la fundación del Partido Socialista de Chile, oportunidad en que estuve allí. Recuerdo eso sí, el silencio impresionante, resultado del toque de queda impuesto en las calles de una ciudad en la que no terminaba de oscurecer, y que solo era roto por el sonido de los vehículos militares que se desplazaban. La contraseña que intercambiaron esa noche era "tongo", una noche en la cual —o en la siguiente— tembló de manera muy fuerte; entonces hubiéramos deseado que las pesadas instalaciones del estadio se hundieran sobre las cabezas de los milicos y se hubiera intentado algún tipo de resistencia armada, ideas que resultaron ser quiméricas, como ciertos sueños de fuga que me acompañaron durante algún tiempo.

Era el mes de octubre de 1973 y había transcurrido un mes, desde el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, encabezado por el asesinado presidente Salvador Allende; por nuestra parte, en mi caso concreto, después de ser apresado por los Carabineros, en el sector de la Comuna de Las Condes, había sido llevado, con los demás, a ese imponente recinto militar en donde se adiestran los oficiales de las fuerzas armadas, que —de improviso— se había convertido en uno de los espacios de la masiva represión que el nuevo régimen estaba llevando a cabo, con el claro propósito de imponer su dominio sobre la población mediante el uso del terror, también masivo.

II

El eterno contrapunto entre la memoria y el olvido, entre las trampas de la memoria y los convenientes recordos en donde se nutre el olvido, selectivos tanto la una como el otro, es algo que nos persigue durante toda la vida. Es por ello que no podemos evitar los desgarramientos que nos provoca el ver la imposibilidad, existente entre muchos integrantes de las jóvenes generaciones de chilenos, de asomarse siquiera, por un momento, al profundo significado de las reivindicaciones levantadas en aquellos mil días de la Unidad Popular (1970-1973), las que compartí junto a un gran sector del pueblo chileno. Se trató de una esperanza amenazada desde la cuna cuando desde Washington se decidió impedir el ascenso de Salvador Allende a la presidencia de Chile, acudiendo —incluso— al asesinato del comandante en jefe del ejército, general René Schneider, en octubre de 1970, pocos días antes del cambio de mando en el Palacio de la Moneda.

Cuando hoy algunos hablan de las bondades del modelo económico dejado por la dictadura, y administrado, desde hace más de una década, por los sucesivos gobiernos de la concertación, conformados por una alianza entre socialistas y demócratacristianos, podemos comprender la profunda victoria obtenida por la derecha chilena y sus mentores en el imperio del norte. Decir que basta con que los verdugos fascistas se arrepientan y pidan perdón en público, para que el régimen militar implantado —a partir de 1973— pase a ser considerado como uno de los mejores de la historia de Chile, como afirmó un joven periodista chileno en la televisión de su país, pocos días



atrás, solo nos revela la profunda derechización y frivolidad que existe en muchos integrantes de las nuevas generaciones de chilenos.

Ahondar en la memoria de aquel Chile Popular, a cuya existencia puso abruptamente fin el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, —generosamente financiado por la

Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos y bajo las órdenes de Richard Nixon y Henry Kissinger— nos conduce a la evocación del significado más profundo de aquel ascenso popular, expresado en el triunfo electoral obtenido por la Unidad Popular, el día 4 de septiembre de 1970.

Culminaba, así, una larga lucha del movimiento obrero y popular de Chile, con sus partidos Comunista y Socialista, fundado en 1922 el primero y en 1933 el segundo, los que expresaban toda una gama de tradiciones y experiencias políticas y culturales, a veces convergentes, pero también discordantes durante algunas de las coyunturas compartidas, durante un largo recorrido histórico.

La Unidad Popular y su triunfo electoral eran el fruto de casi veinte años de luchas electorales y reivindicativas, las que, finalmente, se tradujeron en una voluntad de poder y de transformación social en beneficio de los más desheredados de la fortuna; todo ello en el seno de un país y de una sociedad que mantenían rasgos profundamente autoritarios y excluyentes, aunque ocultos detrás de una fachada "democrática" muy bien vendida a propios y extraños, lo que —a la larga— tuvo graves consecuencias para todo el movimiento popular chileno, desde mucho antes del sangriento golpe militar que fue como un despertar a una pesadilla, la cual se ha vuelto interminable como el resultado más visible de la impunidad y el cinismo de quienes hicieron del terror una práctica cotidiana, durante más de dos décadas.

III

Treinta años después de aquellos acontecimientos luctuosos, existe una tentación muy marcada, en los medios de prensa de Chile de homologar a las víctimas con los victimarios, a los torturados con los torturadores, a los asesinados con los verdugos ejecutores. Resulta no solo algo muy cínico colocar a unos y otros en la misma condición, acudiendo incluso —con cierta frecuencia— al uso de la muletilla de terroristas, para referirse a las personas y las organizaciones que pretendieron resistir al golpe fascista, con toda su secuela de crímenes y horrores. Se ha continuado amparando a los militares golpistas, sin reconocer la actitud digna de los uniformados que rechazaron la actitud de quienes rompieron el orden constitucional; habiéndose, hasta la fecha, negado una amnistía a quienes, dentro del ejército, la marina y la aviación, sufrieron toda clase de vejámenes, torturas e incluso la muerte por haberse negado a colaborar con quienes convirtieron a las fuerzas armadas, en un instrumento para la defensa exclusiva de sus intereses de clase.

Nada más falso que hablar de perdón y olvido en estas condiciones, pues, desde mucho antes del golpe militar, el terror en contra de las organizaciones la clase obrera y de los campesinos estuvo presente en los allanamientos de la planta industrial de Lanera Austral, cerca de Punta Arenas, en la provincia de Magallanes; en los asentamientos y tierras ancestrales de los mapuches de las provincias de Arauco y Cautín y en las múltiples instalaciones fabriles de Santiago, Valparaíso y Concepción allanadas por los militares y los carabineros, con el pretexto de aplicar una ley de control de armas, elaborada como parte de las "garantías democráticas" dispuestas y aprobadas en conjunto con la democracia cristiana, durante el período de transición entre los gobiernos de Frei y Allende. Es decir, una ley que solo se aplicó para desarmar a las organizaciones de la clase obrera y campesina para dejarlas inermes

1. Texto de la exposición leída por el profesor Rogelio Cedeño, en la noche del jueves 11 de septiembre del 2003, en el Auditorio Rodolfo Cisneros, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional (UNA), al conmemorarse los treinta años del golpe militar en Chile. El profesor Cedeño es actualmente un sociólogo costarricense y era estudiante de la Universidad de Chile en 1973.

frente a las bandas fascistas y, posteriormente —como se hizo evidente— para impedir la resistencia frente al golpe militar que se venía planeando, desde antes del ascenso de la Unidad Popular, a la rama ejecutiva del gobierno chileno.

La desigualdad absoluta que se expresó en el combate por el Palacio de la Moneda, del día 11 de septiembre, y la escasa resistencia armada que se produjo en el área de los cordones industriales de Santiago, aquellas expresiones del poder popular en las áreas obreras de la capital chilena, corroboran, con creces, lo que hemos venido afirmando en cuanto a los riesgos de falsear de toda falsedad la verdad histórica, al poner en el mismo plano a las víctimas y a los victimarios, como pretenden hoy algunos con gran facilidad.

IV

El Chile Popular se ha perpetuado, en nuestra memoria, en un hecho de especial importancia simbólica: la entrega diaria de un litro de leche para todos los niños del territorio chileno, pero —especialmente— los de aquellos territorios en donde la desnutrición había venido posando sus garras desde tiempos muy lejanos, como asimismo por el despliegue de una serie de acciones concomitantes en procura de una mejor atención prenatal y posnatal, en beneficio de las madres y los niños de las clases populares, olvidados por la gran mayoría de los gobiernos republicanos, en esta parte del mundo.

La redistribución del ingreso y la propiedad social de los medios de producción aparecían, en el horizonte, como una amenaza para un empresariado acostumbrado a disfrutar de toda clase de ventajas de orden fiscal y político; y su concreción vino a marcar un punto de inflexión: el mundo de la clase obrera tenía la posibilidad de cambiar de manera radical, por primera vez desde los días de la revolución española, sus condiciones de vida y las relaciones de poder en toda la sociedad, a partir del surgimiento de los cordones industriales y de una serie de fábricas colocadas —directamente— bajo la gestión de los trabajadores, no siempre con la anuencia gubernamental o de la dirigencia sindical, dentro de lo que exteriorizó como una pugna con muchos de los viejos dirigentes del aparato de la CUT o Central Única de Trabajadores de Chile.

Aquello era demasiado insoportable para los privilegiados de siempre quienes respondieron, desde el principio, con el odio y el sabotaje, propios de una aventura contrarrevolucionaria y, posteriormente, con la instauración de una dictadura terrorista que promovió una gigantesca transformación social y económica en beneficio del gran capital, en lo que hoy sabemos, con toda certeza, que fue un complejo con una profunda significación a escala continental, pues convirtieron a Chile en el mejor laboratorio y caldo de cultivo de la utopía totalitaria impulsados por los ideólogos neoliberales y un puñado de empresas transnacionales.

El nuevo régimen militar, surgido a partir del 11 de septiembre de 1973, no solo eliminó, de una manera brutal, los sueños y conquistas revolucionarias de un importante sector de la clase obrera chilena sino que se convirtió en el germen de una contrarrevolución a escala continental, a partir de la cual se busca devolver a la clase trabajadora y a las grandes mayorías populares a las condiciones de vida, propias del siglo XIX, eliminando así las conquistas que la clase trabajadora había alcanzado después de más de un siglo de luchas.

El nuevo régimen militar con un liderazgo civil conformado por una serie de intelectuales católicos integristas, al estilo del fascismo español, tales como Jaime Guzmán y el tristemente célebre cura Hasbun, mostró desde el inicio su verdadera rostro totalitario y oscurantista, acudiendo a la quema de libros y buscando establecer una historia oficial de Chile acorde con sus intereses. Además, como una contrapartida, digamos "liberal" —en realidad conservadora—, empezaba a tener una influencia decisiva un equipo de graduados en economía de la Universidad de Chicago, entre ellos Sergio de Castro, quienes optaron por dismantlar la seguridad social y los regímenes de pensiones, así como acabar, casi del todo, con la responsabilidad del Estado en materia de educación y salud públicas. No había un movimiento de los trabajadores que les hiciera contrapeso pues la represión implacable de la dictadura se encargó de que así fuera.

V

Recuerdo haber caminado un promedio de cuatro kilómetros diarios durante aquel interminable mes de agosto de 1973, que más interminable nos parecía cuando, junto con todos mis amigos y compañeros, habíamos llegado a la íntima convicción de que después del Tancazo del coronel Roberto Souper, del día 29 de junio, lo que se perfilaba era una atmósfera de fin de reino, la eterna espera de una primavera que no llegó para nosotros. Sabíamos que el desenlace se aproximaba, pero la consigna, también tácita, era la de no hablar del tema y, en una especie de esquizofrenia colectiva, sumergirnos en las tareas cotidianas; en nuestro caso, en las de estudiantes de la entonces Sede Oriente de la Universidad de Chile.

Desde el 25 de julio, día en que había comenzado el nuevo paro de los camioneros y de las unidades de la locomoción colectiva, el tráfico de personas y mercancías —en la capital chilena— estaba profundamente alterado, por lo que nuestra opción de llegar a pie al campus universitario del Pedagógico, situado allá en la calle de Macul, aparecía como la única viable, para el logro de esos propósitos. Viniendo desde la Avenida Vicuña Mackenna y atravesando las calles Rodrigo de Araya y Zañartu veíamos, todos los días, a las unidades de carabineros cerrando algunas áreas en las cuales se ejecutaban allanamientos en aplicación de la ley de control de armas, pero —en realidad— destinadas a desarmar a la clase obrera de

los sectores industriales. Tan rutinaria se hizo esa práctica que no nos pareció nada extraño encontrarnos con esos movimientos del personal uniformado de Carabineros, en la mañana de aquel martes 11 de septiembre, mientras nos dirigíamos —una vez más— a cumplir con nuestras rutinas académicas en la Universidad de Chile. Desde las primeras horas de la mañana, las radioemisoras, bajo control reaccionario, anunciaban ya un levantamiento de la marina en Valparaíso, mientras que las que eran controladas por las organizaciones populares empezaban a ser bombardeadas, lo que no evitó que esa misma mañana entráramos a la clase de estadística en la escuela de sociología, en una actitud que parecía indicar que nada grave estaba pasando. Las grandes preguntas que podemos hacernos algunos —treinta años después— serían acaso acerca de si ¿Fue una irresponsabilidad absoluta aquel gesto de darle la espalda a la realidad? o, más bien, ¿era acaso, aquel comportamiento, una forma de aliviar la angustia que en el fondo se apoderaba de todos nosotros, al ver derrumbarse todos aquel sueño maravilloso de justicia y libertad representado por los casi mil días del gobierno de la Unidad Popular? La pesada atmósfera que se había desplegado con el nuevo y prolongado paro de los camioneros era el mejor indicador de que aquella época estaba por terminar.

Si en el mes de octubre de 1972, durante el primer paro de los camioneros, habíamos ido a descargar productos alimenticios a la estación Mapocho y a otra ubicada en el sector de la Avenida Grecia, con la esperanza de romper la cadena del desabastecimiento que estaban procurando la derecha reaccionaria y los grupos fascistas más activos, como el Movimiento Patria y Libertad, ahora en agosto de 1973, resultaba evidente que el movimiento popular había perdido la iniciativa y la capacidad de respuesta frente a una ofensiva reaccionaria, cada vez audaz y, abiertamente inclinada hacia una opción golpista.

Nos abruma, a veces, el recuerdo de tantos esfuerzos y tantas esperanzas que quedaron truncados, en especial los de miles de compañeros de clase obrera, de los cordones industriales de Santiago, siempre dispuestos a dar hasta lo último en la lucha cotidiana y hacer frente a los requerimientos extraordinarios, demandados por el interminable desafío de las fuerzas contrarrevolucionarias. En verdad no había ningún plan de lucha articulado para hacer frente al cruento golpe militar del 11 de septiembre de 1973; y, así, miles de trabajadores esperaron en vano por unas armas y unas instrucciones que jamás llegaron, como lo indican una gran cantidad de testimonios ofrecidos sobre esos acontecimientos.

Son estos recuerdos los que nos llevan a reflexionar acerca de las revoluciones y los profetas desarmados, un hecho que, a semejanza de la situación a la que se vio enfrentado León Trotsky (quien en su momento fue calificado así por Isaac Deutscher en el segundo volumen de su monumental biografía del viejo líder bolchevique) en la lucha que mantuvo contra Stalin, le ocurrió a Salvador Allende, en el momento de la arremetida final de la derecha y el imperialismo.

Muchos autores han dicho que no se juega a la revolución con las manos vacías sin pagar las consecuencias y hacérselas pagar a los trabajadores, en el tanto en que su condición es la de ser los principales protagonistas del proceso revolucionario. En honor a la verdad, hay que hacer un reconocimiento a Salvador Allende y sus compañeros por no haberse doblegado a la intimidación y a la vulgaridad de quien dirigía el golpe militar bien oculto desde el cuartel de Peñalolén, pero también se debe extraer la lección que nos da el testimonio de un pequeño grupo de francotiradores, ubicados en el Ministerio de Obras Públicas, al otro lado de la calle Morandé, quienes mantuvieron a raya al ejército, durante muchas horas, ayudando a quienes, como el propio Salvador Allende, de una manera suicida, resistieron desde las vulnerables instalaciones del Palacio de la Moneda, la casa de los presidentes de Chile. ¡Cuánta energía desaprovechada en lo que hubiera podido ser una formidable maquinaria de la resistencia popular frente al fascismo en ascenso! o es que acaso la revolución no fue más que un sueño imposible, como decía recientemente el escritor español Alfonso Sastre, al contrastar el optimismo de Salvador Allende y los líderes de la Unidad Popular, durante los primeros días de su gobierno, con la inevitable realidad de que la fuerza se convierte, más temprano que tarde, en la última y decisiva ratio de las orientaciones generales de todo un período histórico, que fue lo que efectivamente ocurrió.

VI

Mientras permanecíamos en aquellos interminables días en el Estadio Nacional de Santiago de Chile, convertido entonces en un campo de prisioneros políticos, pude escuchar que entre los nombres de los presuntos detenidos a quienes llamaban, por medio de altavoces, a presentarse al disco negro —un disco metálico de ese color ubicado a un lado de la cancha— estaba el de Claudio Jimeno, nuestro antiguo profesor en la escuela de sociología de la Universidad de Chile y cercano colaborador del presidente Salvador Allende. Buena maldita distraída dirigida a quienes estábamos allí, pues Claudio Jimeno —quien había acompañado al presidente hasta el final— fue asesinado durante los primeros días del régimen militar.

Aquel elegante y atildado militante socialista había sido nuestro profesor, durante casi un semestre, durante la primera parte del curso lectivo de 1971, y habiéndose cansado de la poca aplicación de la mayoría de los estudiantes a la disciplina de las técnicas de investigación social, que impartía con gran cuidado, optó por concentrarse en las tareas políticas más importantes de aquel convulso período, al cabo del cual su vida también concluyó, de una manera violenta.

De aquel Estadio Nacional, convertido en campo de concentración, con sus violencias que, en ocasiones nos alcanzaron y con las despedidas emotivas entre los compañeros bolivianos que partían hacia Europa y aquellos, a quienes el régimen del general Hugo Banzer permitía regresar a su suelo natal, de las cuales fui testigo; recuerdo además la dolorosa experiencia de que me quebraran mis anteojos y que pronto me encontré en una situación semejante a las de algunos conocidos periodistas, a quienes les aconteció lo mismo: Recuerdo haber visto en esa dura condición a Rodrigo Rojas, director del diario comunista *El Siglo* y a Óscar Weiss, socialista y director del diario oficialista hasta el 11 de septiembre *La Nación*, entre otros.

VII

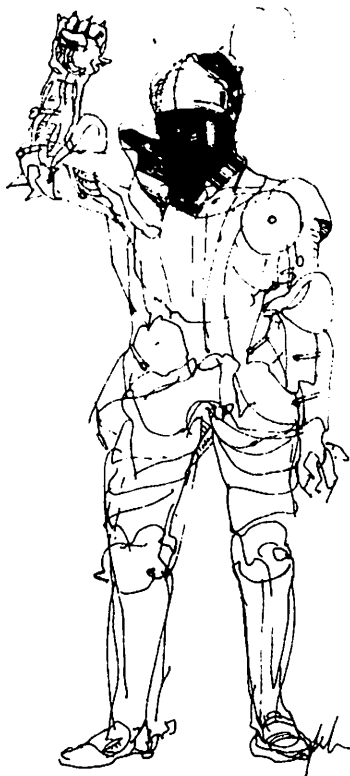
Aquel día 25 de julio, cuando se inició el segundo paro de los camioneros, habíamos ido —mi esposa y yo— a ver una obra del dramaturgo noruego Henrik Ibsen, acerca de las consecuencias de la sífilis, una enfermedad considerada hereditaria en la época del autor, al fin de la cual el personaje más importante terminaba desquiciado, balbuceando una expresión como: "el sol, el sol...". Lo que si nos resultó evidente esa noche, en la que tuvimos grandes dificultades para regresar a nuestra casa, fue que el caos vial comenzaba a apoderarse de la capital chilena preparando el camino para los graves acontecimientos que vendrían... El desabastecimiento provocaba interminables colas, en las que había que permanecer muchas horas para proveerse, ya sea del pan o de la parafina, —el famoso canfin, para los costarricenses— de enorme importancia la segunda para la calefacción en un invierno, en el cual las temperaturas suelen descender hasta un grado bajo cero.

La intención de quienes habían organizado los paros de los camioneros y de las microbuses de pasajeros era la de distanciar a la población del proceso revolucionario en marcha, provocando un desabastecimiento deliberado y grandes dificultades para arribar a los centros de trabajo, unos hechos que, con suma facilidad, se repetía incesantemente, a través del diario *El Mercurio* y otros, debían atribuirse a la incapacidad gubernamental. Resulta innegable, habían problemas planteados, a raíz de la expansión de la capacidad adquisitiva de los trabajadores, la que agotó el stock existente de mercancías, al cabo del primer año de gobierno de la Unidad Popular. El aparato productivo no estaba capacitado para resolver de manera permanente un desafío tan complejo y dentro del cual estaban planteadas una enorme vulnerabilidad, dadas la falta de experiencia de los trabajadores y la drástica caída de la inversión, provocada por los sectores empresariales.

Viene a mi memoria como, un día en horas de la madrugada, ya bien entrado el mes de agosto, fuimos llamados los vecinos del sector en que habitaba para comprar unos pollos que distaban mucho de haber crecido. Esto no era otra cosa que la expresión más evidente de hasta adonde habían sido exacerbadas las ansiedades de la población, como resultado de la violencia de los sectores reaccionarios, que ya se preparaban para dar el último zarpazo.

En esos días, era evidente la irritación existente entre muchas gentes de clase media y aún, entre algunos sectores de la aristocracia obrera, quienes influenciados por la dirección, cada vez reaccionaria, de la Democracia Cristiana, estaban llegando a unos estados próximos al paroxismo. De ahí que la participación de ese sector político en el golpe militar fue decisiva, como lo demuestran una serie de documentos que han venido haciéndose públicos, con el paso de los años, si bien es preciso destacar que el desencuentro entre la izquierda y el centro resultó trágico para las grandes mayorías del pueblo de Chile.

La xenofobia había terminado por aparecer, violenta y masiva, entre los sectores más recalcitrantes de la derecha y así el terreno quedó preparado para que, después del golpe militar, se repitiera hasta la saciedad que muchos de los extranjeros, residentes en el país, formábamos parte de una falange de más de diez mil cubanos que Fidel Castro había enviado para imponer una dictadura bolchevique en Chile. Por un azar de la afiebrada imaginación de la reacción chilena nos habíamos convertido en cubanos, no importaba si hubiéramos puesto o no, siquiera un pie, en la isla mayor de las Antillas. Podríamos concluir diciendo que, en algunas ocasiones, el imaginario político de quienes se disponen a cometer los mayores crímenes y buscan justificarlos puede resultar lo más patético del mundo; mientras que —por otra parte— una de las tareas políticas más importantes de quienes aún alentamos los caminos de la esperanza y de la utopía, en el buen sentido del término, reside en continuar la lucha contra el olvido y por el rescate de la memoria histórica.



TÓPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL:

Dr. Carlos Araya Guillén. Decano del Centro de Estudios Generales.
Profesor: Alfonso Chase Brenes. Escritor. Premio Magón, 1999.
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz. Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

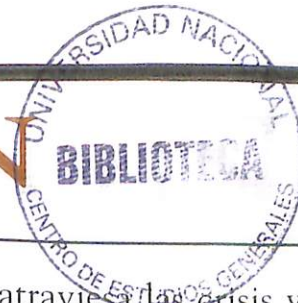
La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN



En cuanto los períodos históricos demuestran que el humanismo atraviesa las crisis y genera expectativas en las nuevas concepciones de la educación y la libertad, el mundo ha desarrollado otras perspectivas que es importante contemplar desde la óptica de la política y la diversidad étnica. Se nos indica así el interés por ver el mundo de los otros como pertenecientes a una humanidad excluida de los rasgos civilizatorios, una errancia planetaria como lo dijo Kostas Axelos alguna vez en su visión de un humanismo atraído por el complejo político y la posición determinada por la polarización social. Apreciará el lector aquí una cosmovisión que interesa mostrarse en las costumbres, en la influencia de los lenguajes que al fin nos permite comunicarnos y comunicar. El poder de la palabra subvierte la utopía, busca mundo donde la perfección es posible, y no se dista del elemento de los sueños. De otra manera, he aquí, además, un análisis que interpreta los cambios de los tiempos en la búsqueda de un sentido de la libertad, el humanismo como se concibe y los posibles avatares de la política cuando esa libertad está en juego. Los actos heroicos, nos permiten en la distancia de los años comprender lecciones de geopolítica, de una vinculación con poderes oscuros y la manipulación para ejercer el dominio total sobre un determinado pueblo o democracia establecida. Desde las ciencias sociales entonces es posible indagar sobre un acontecimiento indiciado en las transformaciones mundiales que nos han llevado a la reflexión prioritaria de los cambios políticos en nuestra América Latina. Es también un homenaje a quienes han propiciado una utopía libertaria, así se crea el humanismo en la transformación democrática de nuestros pueblos latinoamericanos.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

Créditos: Portada: ilustración de Claudia Hurtado Guevara. • Contraportada: acuarela de Carlos Cañas, pintor salvadoreño.